

GABRIEL TARDE,
EL GRAN MIEDO
BURGUÉS

(L'opinion et la multitude)

Artemio Baigorri

1994

ÍNDICE

1. El gran miedo burgués a la Revolución3
 2. La multitud como masa tumultuosa7
 3. El público, como fase superior del asociacionismo11
 4. El público vs. la multitud19
 5. La opinión, alma de públicos y multitudes21
 6. Una teoría de la conversación25
 7. La multitud y las *sectas criminales*31
 8. A modo de balance: valor y actualidad de Tarde39
-

Gabriel Tarde es sin duda alguna el primer sociólogo que se ocupa, explícitamente, de la Opinión Pública como un ámbito de estudio propio de la Sociología, o más exactamente -como él mismo apunta repetidamente- de la Psicología Social. Si bien es cierto algunos filósofos, como Rousseau (una de las muchas *bêtes noires* de Tarde) se habían ocupado indirectamente del tema, con anterioridad, al construir una teoría de la *voluntad general* que tiene una estrecha relación con el moderno concepto de opinión pública; así como algunos de los padres de la Sociología habían especulado sobre los mecanismos de formación de la opinión (especialmente Comte y Tocqueville); a pesar de estos antecedentes, es con Tarde cuando podemos hablar de un intento propiamente dicho de Teoría General de la Opinión Pública.

En su obra *La opinión y la multitud*⁽¹⁾ (sobre la que basaré mi análisis), Tarde se ocupa de la conceptualización de *el público* y de *la multitud*, como formas de asociación. Desarrolla asimismo una teoría de la formación de la opinión, en la que la conversación y la prensa constituyen los elementos fundamentales. Y plantea un primer intento de aplicación de sus teorías a un aspecto concreto de la realidad social: la delincuencia organizada y el terrorismo.

No olvidamos que toda la teoría psicosocial de Tarde descansa en buena medida sobre sus *Leyes de la imitación*, un ensayo publicado en 1890 en el que, siguiendo las teorías de la sugestionabilidad de Charcot, Janet o Liébaud, así como las teorías de la adaptación del darwinismo, apunta ya la hipótesis de que buena parte de la conducta personal pudiera estar socialmente condicionada, esto es que las actitudes, creencias y reacciones emotivas del individuo son resultado de su crianza social en la primera infancia y en la niñez. No obstante, es preciso señalar expresamente que mi análisis se limita a la obra *La opinión y la multitud*, y a las temáticas tratadas en esta obra, al no haberme sido posible el disponer del texto de *Las leyes de la imitación*.

Cuando se cumplen 100 años, tanto de la muerte de Gabriel Tarde, como de la publicación de la que sin duda es su más perdurable obra, *L'opinion et la multitude*, puede ser cuando menos de interés el rescatar algunas de sus principales aportaciones, algunas de las cuales siguen siendo de plena actualidad.

1. EL GRAN MIEDO BURGUÉS A LA REVOLUCIÓN

[\(volver al índice\)](#)

Si en el estudio de toda obra del pensamiento, e incluso de las ciencias (físicas o sociales), es fundamental conocer el marco social y el ambiente vital de su autor, en el caso de la obra de Tarde se hace imprescindible para comprender algunas de sus apasionadas expresiones, así como la continuada intercalación, entre sus reflexiones *científicas*, de radicales valoraciones de carácter esencialmente ideológico.

Gabriel Tarde (1843-1904) es un magistrado de provincias con una gran inquietud intelectual, que sueña permanentemente con marchar a París. Pero que (hijo único y huérfano desde niño) permanece atado a su madre hasta que, ya con más de cincuenta años de edad, el fallecimiento de ésta le permite aceptar un puesto en la capital. Aunque pretendió hacer sus estudios universitarios en París (quería estudiar Ciencias y Matemáticas), termina estudiando Derecho en Toulouse, siguiendo los pasos de su

padre, que también había sido juez en la pequeña ciudad del Perigord, Sarlat, en la se desarrolla casi toda su vida (sólo llegaría a vivir diez años en París). Educado en los jesuitas, la disciplina, el sentido del deber y la entrega intelectual a su carrera profesional le caracterizaron durante toda su vida.

Es sin duda su frustrada vocación de científico lo que le incita, en su trabajo como magistrado, a estudiar la causas de las conductas antisociales. Y una de sus primeras aportaciones fue precisamente muy *matemática*⁽²⁾, concluyendo que los crímenes se producían por oleadas⁽³⁾.

Tarde tenía cinco años cuando estalla la Revolución de 1848, y veintiocho en 1871, cuando se instaura *la Comuna* de París. En los pueblos y pequeñas ciudades del interior de Francia no terminaba de apagarse el miedo al terror extendido en el curso de la Revolución de 1789, alimentado a lo largo del siglo por numerosas obras históricas de carácter apocalíptico del siglo⁽⁴⁾. La burguesía industrial y comercial ha venido desarrollando un pánico profundo a la nueva clase ascendente, el proletariado. Este, engañado en 1789, en 1848, y nuevamente en 1871, como mero instrumento de choque de la burguesía contra las fuerzas más reaccionarias (la nobleza, la iglesia, el ejército y la burocracia estatal), introduce una nueva forma de lucha en sus reivindicaciones: el terrorismo de inspiración anarquista, que en su madurez obsesiona también a Tarde.

No es casualidad que sea en este marco de revueltas obreras, especialmente tras la derrota frente a Prusia, en el que aparecen numerosos *psicólogos de la multitud*, Izoulet, Sighelle, Rossi y especialmente Le Bon, con su *Psychologie de foules*⁽⁵⁾, *quienes parten del presupuesto de que las masas están en general más dispuestas al mal que al bien. Para Rossi, "la multitud primigenia es siempre criminal"*. En realidad, el objeto de su preocupación no eran las masas, un concepto, sino su encarnación: el proletariado.

Tarde participa plenamente de esta preocupación, aunque sólo sea en la medida en que no podía librarse de las influencias dominantes en la época. Aunque llega a las multitudes a partir de los individuos, cuya conducta criminal pretende desentrañar sobre la base de las influencias que éstos hayan podido recibir de los grupos y de otros individuos, no cabe duda de que coincide en la demonización de las masas populares (a las que, en el mejor de los casos, considerará como un estadio primitivo en la evolución social), así como en la preocupación por las acciones de las organizaciones obreras, a las que sistemáticamente incluye en la categoría de *sectas criminales*.

Frente a la socialización económica y al imperio de lo colectivo que las masas obreras proponen a través de las nuevas ideologías (el socialismo, y también el anarquismo aunque el desarrollo político de éste exalte al individuo frente al Estado), la burguesía produce ideologías de exaltación del individualismo, de la mano de la pluma fácil de Spencer. La demonización de las masas juega, en esta línea, un papel fundamental para la consolidación ideológica del individualismo y el desarrollo del capitalismo de corte darwinista. De ahí que el organicismo vaya estrechamente relacionado con estas propuestas: las masas, sin la dirección de las élites sociales y económicas (la cabeza), son animales desbocados, incapaces de la creación, que por consiguiente hay que sujetar con la ayuda, si es preciso, de las ametralladoras. Tarde, excitado al escribir sobre las sociedades secretas anarquistas (las *sectas criminales*) sintetiza muy bien el ambiente de la época cuando afirma con rotundidad: *"uno se sentiría tentado a comparar nuestro estado social con un barco de guerra, averiado, que está expuesto a volar la*

santabárbara, si no pensara en esa porción que, en nuestras naciones europeas, permanece fuerte y sana a pesar de todo, sus ejércitos" (p.171).

De hecho, para Tarde todas las doctrinas socialistas van a parar al saco común del milenarismo apocalíptico (sobre el que, por lo demás, hace interesantes observaciones). Para él todos predicán *"la ruina completa e instantánea del orden establecido, tanto en el cielo como sobre la tierra, como un preludio necesario a una resurrección triunfante"*(p.175). Y los señala explícitamente como amenaza para la burguesía hegemónica, que como clase ha sustituido a los antiguos monarcas. *"Desde el momento en que la soberanía, antes concentrada en una sola cabeza, se fragmentó entre millones de pequeños burgueses, ya no basta matar a un solo hombre o a una sola familia, son millones de hombres a los que es preciso matar o aterrorizar para suprimir el obstáculo principal de la felicidad futura. Por este motivo el **regicida** ha tenido que transformarse en **plebicida**"* (p.176). Apuntando con ello, de paso, una de las mejores conceptualizaciones del terrorismo en las sociedades democráticas.

2. LA MULTITUD COMO MASA TUMULTUOSA [\(volver al índice\)](#)

Frente a la visión apocalíptica de un Le Bon, preocupado por el ascenso imparable de las masas, Tarde sugiere que las multitudes (como él prefiere denominarlas), como sujeto colectivo, son una reminiscencia del pasado, que presentan en este sentido *"algo de animal"*, y que están condenadas a desaparecer del escenario social, sustituidas por *los públicos*. *"La multitud es el grupo social del pasado; después de la familia es la forma más antigua de todas las agrupaciones sociales"*(p.49).

Sin embargo (y ello pone de manifiesto que se está refiriendo a un lugar común en la literatura psicosocial de la época) no define a la multitud tal y como el la entiende. Por ello deberemos extraer lo esencial de su *teoría de las multitudes*, a partir de los contrastes dialécticos que establece entre la multitud y la opinión.

Como agrupación cercana a los estadios más primitivos de la evolución humana, la multitud *"es sumisa a las fuerzas de la naturaleza; depende más directamente de la lluvia o del buen tiempo, del calor o del frío; es más frecuente en verano que en invierno"*(p.50); y el *"sello de la raza"* se manifiesta en ellas con intensidad: *"En la composición de la multitud, los individuos entran solamente por sus semejanzas étnicas, que se suman y constituyen la masa"* (p.51).

Esas mismas características, tan determinadas por aspectos físicos, constituyen a la vez el más poderoso limitante del tamaño de la multitud, la cual *"no es susceptible de incrementarse más allá de un cierto grado, marcado por los límites de la voz y de la mirada, sin peligro de fraccionarse o de hacerse incapaz para una acción conjunta"*(p.48). La multitud se basa, pues, en el contacto físico entre sus miembros, necesitando además de un instrumento insustituible: el dirigente. *"No existen multitudes sin inspiradores"* (p.151), afirma Tarde. Hasta tal punto ello este elemento es importante que su presencia es asimismo necesaria para que las multitudes puedan actuar: *"Las multitudes obedecen solamente a dirigentes vivos y presentes, prestigiosos*

corporalmente, físicamente, nunca a fantasmas de perfección ideal o a memorias inmortalizadas"(p.153).

Tarde, sin llegar a desarrollar una teoría completa, aporta sugerencias interesantes para su construcción. Plantea, por ejemplo, la posibilidad de analizar las multitudes según los criterios de la física: "*hay multitudes complejas como en física ondas complejas, encadenamiento de grupos de ondas*"(p.151). Otros aspectos físicos son importantes, como la exigencia de una posición determinada para que la multitud se manifieste como tal: "*La verdadera multitud, aquella en que la electrización por contacto alcanza su más alto punto de rapidez y energía, está compuesta por gentes en pie y, podemos añadir, en marcha*"(p.161); considerando, por ejemplo, que "*un auditorio de teatro es una multitud sentada, es decir una multitud solamente a medias*".

A partir de los estudios de Sighele, propone la hipótesis de que las multitudes "*son inferiores en inteligencia y en moralidad a la media de sus miembros*"(p.154). Naturalmente, esta concepción tiene consecuencias ideológicas muy importantes. Ello implica, como el propio Tarde afirma, que "*los hombres en conjunto, en multitud, valen menos que los hombres en detalle, uno por uno*"(p.155), que "*el jurado es aún menos inteligente que los jurados*"(p.158).

El carácter primitivo de las multitudes hace que, para Tarde, tengan "*siempre algo de pueril y de bestial a la vez: de pueril por su cambio de humor, por sus bruscos tránsitos de la cólera a la risa, de bestial por su brutalidad*"(p.156)⁽⁶⁾. En cuanto a las características físicas reseñadas, son ndeterminantes de algunos de los rasgos que señala como comunes a todo tipo de multitudes: "*su prodigiosa intolerancia, su orgullo grotesco, su susceptibilidad enfermiza y el sentimiento transtornado de su irresponsabilidad, nacido de la ilusión de la omnipotencia y de la pérdida total del sentimiento de la medida*"(p.64).

Tarde avanza incluso una taxonomía de las multitudes, a las que divide en *expectantes*, o *atentas*, y *manifestantes* o *actuantes*, aunque son las actuantes las que ocupan su atención. Considera que pueden dividirse a su vez en multitudes *inclinadas al odio* y multitudes *proclives al amor*, y es precisamente en este punto donde Tarde se separa sustancialmente de la opinión imperante en la época. Aunque considera como más abundantes y de más intensa influencia en la sociedad a las multitudes inclinadas al odio, y aún llega a advertir que "*no se sabe qué es más desastroso, los odios o los amores, las condenas inapelables o los entusiasmos de la multitud*"(p.66), no obstante afirma también -separándose así nítidamente de las tesis de la época que sintetizaría Le Bon- que "*las multitudes, en su conjunto, están lejos de merecer el mal que se ha dicho de ellas y el que yo haya podido decir en alguna ocasión*"(p.68). Las multitudes en fiesta, las multitudes en duelo, las multitudes construyendo conmueven profundamente a Tarde, quien llega a afirmar: "*Se puede imaginar un país en el que jamás haya habido una revuelta o alguna sublevación odiosa de cualquier tipo, pero en el que, al mismo tiempo, sean desconocidas las fiestas públicas, las manifestaciones gozosas de la calle, los entusiasmos populares; un país así, insípido e incoloro, estará con seguridad menos impregnado del sentimiento profundo de su nacionalidad (...). Las multitudes, las reuniones, el codearse mutuamente, los entretenimientos recíprocos de los hombres son mucho más útiles, que perjudiciales para el desarrollo de la sociabilidad*"(p.68).

Se ha señalado en otro punto la influencia de las teorías psicológicas de la época sobre la hipnosis y la sugestibilidad en la obra de Tarde. Al tratar de las multitudes estos aspectos se ponen claramente de manifiesto. Para el pensamiento burgués del último cuarto del siglo XIX, atemorizado por los avances del socialismo y el terrorismo de los sectores anarquistas partidarios de la acción directa, aunque Rousseau es un anatema sigue teniendo validez uno de los principales axiomas, aunque modificado *ad hoc*: a la naturaleza esencialmente *buena* del individuo no se apone la acción perversora de la sociedad, sino del grupo, de la masa (en el fondo, de la asociación obrera). Tarde apunta que *"una multitud de hombres reunidos es mucho más crédula que cada uno de ellos por separado; porque el hecho sólo de tener su atención concentrada sobre un único objeto, en una especie de monoidéismo colectivo, los acerca al estado de sueño o hipnosis, donde el campo de la conciencia, singularmente reducido, es invadido por entero por la primera idea que se les ofrezca"*(p.73). En el último de sus ensayos señala asimismo: *"Es preciso, pienso yo, admitir también que en el momento en que uno siente el roce del entusiasmo místico pasar sobre ellos, no tome una mínima parte y se encuentre con el corazón atravesado por una fe fugitiva. Y, admitido y demostrado esto para las multitudes piadosas, debemos hacer uso de esta observación para explicar lo que sucede con las multitudes criminales en las que, a menudo, una corriente de ferocidad momentánea atraviesa y desnaturaliza un corazón normal"* (p.162-163).

3. EL PÚBLICO, COMO FASE SUPERIOR DEL ASOCIACIONISMO [\(volver al índice\)](#)

El Público -su auténtico objeto de estudio, pues se lamenta de que, hasta la fecha, sólo se hubiese hecho Psicología de las Multitudes- es para Tarde el modelo de asociación destinado a suceder a la multitud en un esquema positivo de evolución social. De hecho el público surge de las multitudes, *"está constituido por una multitud dispersa, en la que la influencia de las conciencias unas sobre otras se ha convertido en una acción a distancia, a distancias cada vez más grandes"*(p.41). Supone, en suma, *"una evolución mental y social mucho más avanzada"*(p.46)⁽⁷⁾, pues *"a medida que uno se eleva en el árbol de la evolución de la vida, la relación social se hace cada vez más espiritual"*(p.43).

Al contrario que con la multitud, Tarde sí avanza una definición, aunque somera, del público: *"una colectividad puramente espiritual, como una dispersión de individuos, físicamente separados y entre los cuales existe una cohesión sólo mental"*(p.43). Cohesión que, en las sociedades modernas, en las que se instaura el reino de los públicos, son los medios de comunicación de masas (el periódico únicamente en la época de Tarde) quienes la mantienen.

El público se manifiesta, de alguna forma, como la antítesis de la multitud. Siguiendo las características que veíamos de las multitudes, los públicos no se hallan sometidos, como aquéllas, a las variaciones e influencias físicas, sean climáticas o antropológicas. *"El sello de la raza se manifiesta con menor intensidad sobre el público"*(p.50), afirma. Y, frente a las consecuentes limitaciones físicas de la multitud, el público puede extenderse indefinidamente, al no precisar del contacto físico entre sus miembros. A su vez, ello explica que el público no necesite de la presencia física del líder o instigador:

el mensaje conservado en los libros de un muerto puede seguir aglutinando a un público, así como un mero sistema de creencias.

Del mismo modo, frente al carácter hipnótico del agrupamiento de masas, y a la intolerancia y absolutismo que promueve, el agrupamiento en públicos *"es la que ofrece a los caracteres individuales más sobresalientes las mayores facilidades de imponerse, y a las opiniones individuales originales las mayores facilidades para difundirse"*(p.55). Habla incluso de una *"comuni3n de ideas y de pasiones que dejan, por otra parte, libre juego a sus diferencias individuales"*(p.60). La base de esta capacidad es que los públicos, de una parte, pueden (aunque no necesariamente) superponerse a otro tipo de divisiones sociales (culturales, profesionales, de clase, etc) que pueden presentar opiniones encontradas en ámbitos distintos a los que promueve un público determinado; y, de otra parte, porque el individuo puede en cualquier momento, si modifica su opini3n, cambiar de público simplemente con cambiar de periódico (su medio de cohesi3n).

Tarde propone una genealogía del público, y llega a proponer una ley general de su evoluci3n, según la cual el crecimiento de los públicos guarda una relaci3n inversa con el desarrollo de las multitudes.

Para que pueda darse el desarrollo de los públicos es condici3n imprescindible que se hayan dado previamente *"siglos de vida social más grosera, más elemental"*(p.46). Pues *"para que sea posible esta 'sugesti3n a distancia' de los individuos que componen un mismo público, es preciso que hayan practicado durante largo tiempo por el hábito de la vida social intensa, de la vida urbana, la sugesti3n de la proximidad"*(p.45).

No hay ni en latín ni en griego una palabra que responda al moderno significado de público, porque durante toda la antigüedad lo máximo que puede alcanzarse a detectar, según Tarde, son *auditorios*. Y todavía en la Edad Media son auditorios, cuando no multitudes, quienes siguen a los grandes predicadores. No es posible el concepto de público antes del desarrollo de la imprenta, en el siglo XVI, y de hecho no surge antes de la época de Luis XIV, en el siglo XVII. En medio de *multitudes torrenciales*, en aquellos momentos *"el público apenas se componía de una minoría escogida de 'gentes honestas' que leían la gaceta mensual y que leían sobre todo libros, un pequeño número de libros escritos para un número reducido de lectores"*(p.47).

A lo largo del siglo XVIII el público crece rápidamente, y se fragmenta (separándose, primero un público filosófico del gran público literario; y luego un público científico⁽⁸⁾), dando surgimiento luego a un público político que en su desbordamiento absorbe todos los otros públicos: literario, filosófico, científico. Pero es con la Revoluci3n francesa cuando surge *"el acontecimiento verdadero del periodismo y por consiguiente del público de la que aquella fue la fiebre de crecimiento"*(p.47).

Es con la Revoluci3n cuando aparece la verdadera especializaci3n de los públicos, cada uno de los cuales alimentado espiritualmente por su respectivo periódico, y siguiendo devotamente las ideas de sus respectivos publicistas. Los clubs, las reuniones de café, nacen precisamente de estos públicos en constituci3n, que en una primera fase se reducen a París, esto es a las grandes ciudades en las que se editan y se distribuyen en el día los periódicos.

Será el perfeccionamiento tanto en los medios de impresión como de transporte lo que posibilitará, ya en el siglo XIX, *"la transmisión instantánea del pensamiento a cualquier distancia (...), la amplitud indefinida"*(p.49). A finales de siglo, cuando Tarde elabora su teoría, *"por la coincidencia de tres invenciones recíprocamente auxiliares: la imprenta, el ferrocarril, el telégrafo, se ha constituido la formidable potencia de la prensa, ese teléfono prodigioso que ha ampliado tan desmesuradamente el auditorio antiguo de los tribunos y los predicadores"*(p .49).

Tarde desarrolla asimismo una crítica del público. A pesar de considerarlo en un nivel evolutivamente superior a la multitud, y hacerlo corresponder con las sociedades democráticas (de las que, por otro lado, Tarde no es, en el fondo, muy ferviente partidario), constitucionalmente el público tiene asimismo una carga de coacción social. Así, apunta cómo *"el lector no tiene, en general, conciencia de sufrir esta influencia persuasiva, casi irresistible, del periódico que lee habitualmente"*(p.44). Una influencia⁽⁹⁾ que, frente a la de la multitud, que desaparece tan pronto como ésta se disuelve, *"aunque mucho menos intensa en un instante dado, es por su continuidad muchísimo más poderosa que la impulsión breve y pasajera inculcada a la multitud por su inspirador"*(p.51). Por otra parte se da un proceso de retroalimentación entre emisor (el publicista) y público, por el que aquél *"se esfuerza en complacerle y para retenerle"*(p.52). Y apunta con ello otra apreciación novedosa, que aporta tanto elementos de interés a la Sociología de la Comunicación de Masas como a la teoría del consumo, al señalar que, *"después de todo, el público no es nada más que una especie de clientela comercial (...)...ya el hecho de comprar los mismos productos en almacenes del mismo tipo, de hacerse vestir en la misma modista o en el mismo sastre, de frecuentar el mismo restaurante, establece entre las personas de un mismo mundo o rango un cierto lazo social y supone entre ellas afinidades, que aprietan este lazo y lo acentúan. Cada uno de nosotros, al comprar lo que responde a nuestras necesidades, tiene más o menos vagamente conciencia de expresar y de desarrollar por ello su unión con la clase social que se alimenta, se viste, se satisface en todo, de una manera casi análoga"*(p.53-54).

Tarde plantea la posibilidad de clasificar los públicos desde puntos de vista muy diversos, sea con relación al sexo⁽¹⁰⁾, la edad (habla del continuado contrapeso entre la gerontocracia de los órganos decisivos y la efebocracia electoral), etc. Pero la distinción más importante es *"la que se puede extraer de la naturaleza de su fin o de su fe"*(p.61). Y es importante señalar que, en este punto, no distingue entre públicos y multitudes al hablar de *"multitudes creyentes y multitudes ambiciosas, públicos creyentes y públicos ambiciosos (...), multitudes y públicos convencidos, fanáticos, y multitudes y públicos apasionados, despóticos"*(p.62). No libera por tanto a los públicos de las perversiones morales con las que predominantemente se califica a las multitudes. *"Convengamos, por tanto, que los públicos son menos extremados que las multitudes, pero su despotismo o su dogmatismo, si es menos agudo, es, en cambio, en otro sentido más tenaz y crónico que las multitudes"*(p.62). Esto es, también los públicos pueden ser intolerantes, presuntuosos, pues *"bajo el nombre de opinión ellos creen que todo les está permitido, incluso, pueden rechazar la verdad cuando les es contraria (pues) una vida colectiva e intensa es para el cerebro un alcohol terrible"*(p.64). Si bien los crímenes del público tienen características que los diferencian de los de las multitudes: *"1) son menos repulsivos; 2) son menos vengativos e interesados, menos violentos y más astutos; 3) son durante más tiempo y más extensamente opresivos; y 4) finalmente, están todavía más seguros de su impunidad"*(p.71)⁽¹¹⁾.

En el ámbito jurídico, que obviamente interesaba profundamente a Tarde por su profesión la emergencia de los públicos le hace plantear otro interesante problema. Frente al *vínculo de derecho* que caracterizaba los *contratos* entre emisores y receptores de promesas antes de la aparición de la imprenta (cuando la promesa humana no llegaba más lejos que la voz humana, y ambas partes eran conocidas), las promesas que se lanzan a través de la prensa, hacia el público, "*son simples voluntades unilaterales, no respaldadas por la reciprocidad de voluntades simultáneas, simples promesas no aceptadas ni susceptibles de aceptación y, como tales, desprovistas de toda sanción jurídica. Nada más adecuado para favorecer lo que se podría llamar el bandidaje social*"(p.70). Naturalmente, ello tiene una fuerte influencia en las relaciones comerciales⁽¹²⁾, pero tiene asimismo, a juicio del propio Tarde, también importantes repercusiones en la política de las democracias⁽¹³⁾.

Aunque, en clara contradicción con la tesis precedente (plenamente válida todavía hoy), Tarde insiste luego en la complicidad del público con sus representantes. "*Acaso el público electoral, que ha elegido diputados sectarios y fanáticos, ¿no es también responsable de sus prevaricaciones, de sus atentados contra las libertades, contra los bienes, contra las vidas de los ciudadanos?*"(p.75). Planteando con ello, nuevamente, una cuestión que en el futuro, con el desarrollo de los fascismos (la mayoría de los cuales llegaron al poder por vía electoral), alcanzará una tremenda importancia, y que en cierto modo será retomada por la Escuela de Frankfurt. Así, llega a afirmar que, "*por regla general, detrás de las multitudes criminales existen públicos más criminales todavía y, a la cabeza de estos públicos están los publicistas, que son todavía mucho más criminales*"(p.75).

En suma, la actitud de Tarde hacia *el público* es, cuando menos, ambigua. Es cierto que alaba el papel modernizador de la prensa, y el carácter del público como un paso ascendente respecto de las multitudes, llegando a decir que "*las profundas transformaciones sociales de las que somos deudores a la prensa han sido hechas en el sentido de la unión y de la pacificación finales*"(p.76), esto es el ideal kantiano. Pero los públicos no dejan de ser, al fin y a la postre, formas de asociación, esto es colectividades. Y, en lo más profundo, Tarde cree que "*sería un gran error hacer honor a las colectividades, incluso, bajo su forma más espiritual del progreso humano. Porque, en definitiva, toda iniciativa fecunda sólo puede emanar de un pensamiento individual, independiente y vigoroso*"(p.76). Teme, en este sentido, que las modernas democracias anulen la capacidad creadora de los hombres de pensamiento, ante la dificultad de éstos de "*escapar a la obsesión y a la agitación fascinadora*"(p.77), y encomienda a *los intelectuales* la obligación de pervivir.

4. EL PÚBLICO vs. LA MULTITUD [\(volver al índice\)](#)

Como hemos venido viendo, Tarde no plantea exactamente en términos dicotómicos los conceptos de multitud y público. Se trata, efectivamente, de estadios sucesivos de la evolución que, por otra parte, en ciertos casos pueden llegar a ser complementarios. Pues del mismo que de las multitudes dispersas pueden llegar a surgir los públicos, los públicos son casi siempre multitudes en potencia. Cualquier acontecimiento puede determinar la conversión de todo o una parte de un público en una masa incontrolada e incontrolable, esto es en una multitud tal y como Tarde la entiende.

Conviene, en cualquier caso, que recapitemos los principales aspectos diferenciadores entre público y multitud. Para ello tomaremos la síntesis que proponen E.Martin y M.Campoy⁽¹⁴⁾.

Básicamente se diferenciarían por la extensión de la acción de este tipo de asociaciones; por el régimen de pertenencia generalmente vigente en ambas; por los factores de motivación; y por su homogeneidad y grado de capacidad de acción libre.

Atendiendo a la **extensión de la acción**, la actividad de la multitud termina cuando lo hace la de sus líderes, mientras que la del público crece indefinidamente.

Atendiendo al régimen de **pertenencia**, puede decirse que es exclusivista en la multitud (de ahí su intolerancia), y no exclusivista en el público (uno puede pertenecer a *varios públicos*).

Atendiendo a la **motivación**: los factores que motivan la formación de las multitudes son en cierto modo externos y primarios (tiempo, etnia...), mientras que los de los públicos son internos (esto es, apoyados en un estado de espíritu preexistente).

En cuanto a su **relación con la libertad de acción, y con la propia homogeneidad**, la mutua aceptación entre el emisor y el receptor, que escoge libremente su fuente de información/opinión, hace del público un grupo más homogéneo que la multitud, nutrida por curiosos y semiadherentes que, una vez ganados y asimilados (y con pocas posibilidades desde entonces de cambiar de adscripción), hacen muy difícil una dirección común.

5. LA OPINION, EL ALMA DE PÚBLICOS Y MULTITUDES [\(volver al índice\)](#)

Para Tarde la opinión, como resultante de todas las acciones de interacción, a distancia o en contacto físico, dentro de las asociaciones humanas, "*representa para las multitudes y para los públicos, en cierto modo, lo que el pensamiento al cuerpo*"(p.41.42). Más adelante será más explícito, al decir que, "*en los tiempos modernos, la relación que une la opinión al público es semejante a la relación del alma con el cuerpo*"(p.79). Entre el *alma*(los juicios) y el *cuerpo* (la acción) estaría el espacio en el que tiene cabida lo que sería la *voluntad general*, como conjunto de deseos.

Tarde define la opinión (y habla explícitamente de *opinión pública*) como "*una agrupación momentánea y más o menos lógica de juicios que, respondiendo a problemas planteados actualmente, se encuentran reproducidos en numerosos ejemplares, en las personas de un mismo país, de un mismo tiempo y de una misma sociedad*"(p.82). Obviamente, este fenómeno difícilmente podría darse con anterioridad a la existencia del propio público.

Para Tarde, los individuos que componen una sociedad adquieren en primer lugar la conciencia de poseer una tradición común, que es definida como un "*extracto condensado y acumulado de lo que constituyó la opinión de los muertos, herencia de*

prejuicios necesarios y saludables, frecuentemente molestos para los vivos"(p.80), que actúa fundamentalmente a nivel inconsciente. Pero, por otra parte, se someten conscientemente a las decisiones de una razón considerada superior, que se define a su vez como *"los juicios personales, relativamente racionales, aunque frecuentemente no sean tan racionales, de una élite que se aísla y se margina de la corriente popular para encauzarla o dirigirla"*(p.80). Frente a estas dos influencias, unas veces enfrentándose a ambas y en otras ocasiones aliándose alternativamente con la tradición o con la razón, se alza en los últimos siglos la opinión pública, o como también la denomina Tarde, *la moda*. Constituyendo un modelo dinámico que Tarde reconoce perfecto en la teoría pero difícil de encontrar en la realidad social: *"Todo iría de la mejor manera si la opinión se limitase a vulgarizar la razón para consagrarla y convertirla en tradición, porque, de esta manera, la razón de hoy se convertirá en la opinión de mañana, y asimismo, en la tradición de pasado mañana. Pero, en lugar de servir de lazo de unión (...) la opinión prefiere tomar partido (...) y, tan pronto, embriagándose de las nuevas doctrinas a la moda trastorna las ideas o las instituciones consuetudinarias antes de poder reemplazarlas, como tan pronto, bajo el imperio de la costumbre, expulsa y rechaza a los innovadores racionales o les obliga a revestirse de la librea tradicional para usarla como un disfraz hipócrita"*(p.80-81).

Cada una de esta especie de *ideas-fuerza* cuenta con unos factores o fuentes de acción. La tradición actúa a través de la educación familiar, el aprendizaje profesional y la enseñanza escolar; la razón se manifiesta a través de los cenáculos filosóficos, científicos, judiciales, o incluso eclesiásticos, mediante la observación, la experimentación y, en general el razonamiento y la deducción. Y, por su parte, los factores de la opinión son la conversación y la prensa (que, como veremos, es una forma superior de conversación). Las luchas y forcejeos de estas fuerzas, sangrientos a veces, marcan a juicio de Tarde el devenir de la Historia. *"La tradición, que permanece siempre siendo nacional, está más encerrada entre los límites fijos, pero infinitamente más profunda y más estable que la opinión, que, conviene decirlo, es cosa ligera y pasajera, como el viento, y como éste expansiva y aspirando siempre a convertirse en internacional de la misma manera que la razón"*(p.81). El resultado de la interacción de las tres fuerzas permite formar, en cada momento y lugar, *"el valor de las cosas"*.

La opinión no es sin embargo, como los públicos, un fenómeno reciente. En todos los tiempos ha existido la opinión pública, utilizada generalmente junto a la tradición para frenar el avance de la razón; aunque durante un periodo de muchos siglos *"la importancia de la opinión ha sufrido una depresión enorme que se explica por su fragmentación en opiniones locales sin lazo de unión habitual entre ellas e ignorándose las unas a las otras"*(p.83). Ello favorecía de hecho el poder absoluto de los gobernantes. Pues sólo el rey, *"mediante el concurso de sus funcionarios, tenía conocimiento de los estados de opinión (de almas) tan diversos y, reuniéndolos en él, en el conocimiento sumario que él tenía de ellos y que servía de fundamento a sus deseos, el rey, los unificaba (...) Su yo (moi) era el único campo de la mutua interpenetración de todos ellos"*(p.84).

Frente a esta opinión aislada, fragmentada, unificada por un poder superior, una serie de desarrollos tecnológicos y sociales favorecerán la extensión de las opiniones hasta hacerse casi universales. Tarde señala en el correo; las carreteras; los ejércitos nacionales -*"al obligar a conocerse y a confraternizar sobre los mismos campos de batalla a soldados procedentes de todas las provincias"*(p.85)-; el desarrollo de las

Cortes Generales - "al atraer al centro monárquico de la nación a lo más escogido de la nobleza de todos los puntos del territorio"(p.85)-, entre los primeros factores activadores de una auténtica opinión pública. Pero es nuevamente la imprenta, particularmente al alcanzar la forma de periódico, la que llevará a "convertir en nacional, en europeo, en cósmico, no importa qué asunto local que, en otros tiempos, cualquiera que fuese su interés intrínseco, hubiera permanecido desconocido más allá de un radio limitado"(p.85). Pues "cuanto más retrocede uno y se remonta al pasado, más dominante se advierte la opinión local. Nacionalizar poco a poco e internacionalizar cada vez más el espíritu público, tal ha sido la obra del periodismo"(p.86-87).

La importancia política de estos cambios es tremenda, a juicio de Tarde. Ello ha implicado un cambio del *ponderatur* al *numeratur* como medida de la fuerza de la opinión, esto es la *potencia del número*. Mientras en las asambleas de los Estados más 'atrasados'⁽¹⁵⁾ se exigía la unanimidad para la toma de acuerdos, en los Parlamentos democráticos es la ley de la mayoría la que impera. Por otra parte, los propios Parlamentos "solamente han podido ser iguales, después superiores al rey, cuando han podido encarnar la conciencia nacional mejor que el rey (...). Las Monarquías de antes de la existencia de la prensa podían y debían ser más o menos absolutas, intocables y sagradas, porque ellas constituían toda la unidad nacional; después de la aparición de la prensa ya no pudieron seguir cumpliendo ese papel, porque la unidad nacional se ha hecho fuera de las Monarquías y mucho mejor que ellas lo hacían"(p.89). Y un tercer elemento de importancia que se deriva de estas deducciones hace referencia al propio carácter de la nación, y el desarrollo del nacionalismo. Para Tarde los límites geográficos de las nacionalidades tienen a confundirse con los límites de las principales lenguas. "Hay Estados en los que la lucha de las lenguas y las luchas de las nacionalidades son una misma cosa. La razón es que el sentimiento nacional ha sido reanimado por el periodismo y que la irradiación verdaderamente eficaz de los periódicos se detiene en las fronteras del idioma en que están escritos"(p.90).

6. UNA TEORÍA DE LA CONVERSACIÓN (volver al índice)

Tarde desarrolla en su obra toda una teoría de la conversación, entendida no como cualquier forma de contacto oral, sino específicamente como "diálogo sin utilidad directa e inmediata, en el que se habla sobre todo por hablar, por placer, por juego o por cortesía"(p.93).

La atención a esta aparentemente poco importante forma de interacción viene dada tanto como desarrollo de sus teorías sobre la imitación, como por desarrollo obligado del análisis de la opinión. Al fin y al cabo para Tarde "la prensa no es nada más que una de las causas generadoras de la opinión, y, sin duda, una de las más recientes"(p.92), pero si no se hablase, por mucho que apareciesen los periódicos no ejercerían ninguna acción duradera y profunda sobre los espíritus⁽¹⁶⁾. "La conversación es, por consiguiente, el agente más poderoso de la imitación, de la propaganda de sentimientos, así como de ideas y de modos de acción"(p.93).

Aunque a menudo Tarde traspassa, en su análisis de la conversación, la nonnata Sociología de la vida cotidiana (de hecho propone un tratamiento cuantitativo de estos

aspectos que daría lugar a una *psicofísica social*), y se eleva a la Metafísica de las Costumbres, su trabajo está lleno de interesantes sugerencias.

Así, Tarde (que diferencia las conversaciones según el grado de cultural, situación social, origen rural o urbano, hábitos profesionales y religión de los participantes, así como según el tema, el ceremonial, etc) llega a establecer una hipótesis según la cual "*a medida que avanza la civilización, se anda más deprisa y se habla más deprisa*"(p.94). Distingue especialmente entre las conversaciones-debate (la discusión) y la conversación-intercambio (la mutua información), de la que afirma que "*va a desarrollarse en detrimento de la primera*"(p.95). Así como entre la conversación obligatoria -de carácter ceremonial- y la discrecional, auténtica conversación que "*sólo podrá tener lugar entre iguales, y la igualdad entre los hombres favorece su progreso*"(p.95).

Su teoría histórica (propone de hecho una genealogía de la conversación) es sin duda de menor interés, por cuanto no deja de ser una pura elucubración basada en escasos datos antropológicos, extraídos casi en su totalidad del poco fiable (como etnólogo de segunda mano) Spencer. Aunque sí apunta, en cualquier caso, elementos de interés sobre la evolución más reciente de la que califica de básica institución social. Vale la pena incorporar una larga cita al respecto, en la que señala cómo "*el tiempo durante el cual se puede hablar aumenta con el ocio que proporciona la riqueza, por los perfeccionamientos de la producción. El número de las personas con que se puede hablar se extiende a medida que disminuye la multiplicidad original de las lenguas y que aumenta su dominio, así como con el número y densidad de la población. El número de temas de la conversación aumenta a medida que progresan y se difunden las ciencias, a medida que se multiplican y se aceleran las informaciones de todo tipo. Por último, debido al cambio de las costumbres, en un sentido democrático no solamente aumenta el número de interlocutores posibles, sino que varía también su calidad. Las diversas clases sociales entran más libremente en conversación (...) En la actualidad (...) la prensa unifica y vivifica las conversaciones, las uniformiza en el espacio y las hace diversas en el tiempo. Todas las mañanas los periódicos sirven a su público el tema de conversación para toda la jornada*"(p.104-105). Entre sus previsiones estima que "*el porvenir favorece a una conversación tranquila y suave, llena de cortesía y amenidad*"(p.109).

El proceso por el que la conversión evoluciona, y se instituye en el principal vector de la opinión, se basa en sus *leyes de la imitación*. Para Tarde las ideas son asimiladas fundamentalmente mediante la imitación, especialmente mediante la imitación del superior (cuando es reputado de tal y se considera como tal a sí mismo) por el inferior. Y esto forma un proceso repetidamente ampliado en el espacio y el tiempo: la élite aristocrática de la Corte fue imitada por los palacios de las grandes ciudades y los castillos, y más tarde por las casas de la burguesía, de las que nacieron nuevos objetos de imitación; y hoy las capitales juegan el mismo papel que jugaron las aristocracias, siendo imitadas, a través de los periódicos, por las grandes, medianas y pequeñas ciudades, y en lo que les sea posible incluso por la aldea más perdida a la que lleguen los periódicos.

Por otra parte, los efectos que Tarde atribuye a la conversación no se acaban en su papel de vector de la opinión pública. En el campo de la lingüística "*conserva y enriquece las lenguas si no extiende su dominio territorial*"(p.119); en la Religión "*es el medio de*

apostolado más fecundo, porque difunde los dogmas y el esteticismo alternativamente"(p.120); en la política *"la conversación es, mucho antes que la prensa, el único freno de los gobiernos, el asilo inexpugnable de la libertad; pues la conversación crea las reputaciones y los prestigios y prepara para la gloria y el poder"*(p.120), y además acelera los cambios de opinión de que dependen los cambios en el poder, pues *"allí donde la opinión es móvil, agitada, donde pasa de un extremo a otro, es donde las conversaciones son frecuentes, atrevidas y liberadas"*(p.124)⁽¹⁷⁾; en economía es asimismo de gran utilidad, pues *"uniformiza los juicios sobre la utilidad de las diferentes riquezas, construye y precisa la idea del valor, establece una escala y un sistema de valores"*(p.120). Desde un punto de vista moral la conversaciones un medio de *"lucha contra el egoísmo (...) Socava y mina, oponiéndose a esta teleología individual una teleología totalmente social"*(p.120). Y desde un punto de vista estético la conversación *"fomenta el refinamiento (...); tiende a concertar los juicios sobre el gusto (...) y elabora así un código estético soberanamente obedecido en cada época y en cada país"*(p.120).

Pero la conversación, para Tarde, no es el único factor creador de opinión, aunque sea el más antiguo e importante⁽¹⁸⁾. Muy lejos y muy debajo, sitúa la correspondencia epistolar, ya en decadencia en su época por la extensión del telégrafo y el teléfono. *"El intercambio de cartas es un diálogo a distancia, una conversación continuada a pesar de la ausencia"*(p.133), y sitúa su momento cumbre en el siglo XVI. Para Tarde el desarrollo de la correspondencia también *"se conforma a la ley de la propagación de los ejemplos de arriba abajo"*(p.135): desde el primer servicio de correos, instituido (en el caso de Francia) a finales del siglo XV para transportar únicamente las cartas del rey, a los millones de cartas transportadas a finales del siglo XIX (cita los setecientos setenta y tres millones de 1892).

La prensa, el más reciente factor de creación de opinión, ha venido a activar y nutrir *"con sus temas a la conversación y, al contrario, con tantos estimulantes y nuevos contenidos, ha agotado, de hecho, las fuentes de la correspondencia desviadas, en beneficio de aquella (...). Nuestro verdadero interlocutor, nuestro verdadero corresponsal es cada día más el público"*(p. 136-137). Así, los anuncios sobre acontecimientos vitales (nacimientos, bodas, fallecimientos...), dirigidos a la totalidad del público a través de la prensa, han liberado a la correspondencia privada de algunos de los temas más frecuentes en el pasado. Tarde apunta implícitamente el crecimiento de la correspondencia comercial en detrimento de la privada; siendo evidente que este pronóstico se ha cumplido fielmente, pues la práctica totalidad de la correspondencia en las modernas sociedades es, directa o indirectamente, de carácter comercial, o económico en un sentido más amplio⁽¹⁹⁾.

Y es que, para Tarde *"el periódico es una carta pública, una conversación pública que, teniendo su origen en la carta privada, esto es, en la conversación privada, pasó a convertirse en su regulador fundamental y en su suministrador de contenidos más abundante, uniforme para todos en el mundo entero, con cambios profundos de un día a otro. Ha comenzado por ser, solamente, un eco prolongado de las conversaciones y las correspondencias, y ha terminado por constituir la fuente casi única que alimenta a unas y otras"*(p.138-139).

7. LA MULTITUD Y LAS *SECTAS CRIMINALES* ([volver al índice](#))

El tercer ensayo, de los que componen la más conocida obra de Tarde, es sin duda el menos comentado, posiblemente por su carácter más especializado en la materia que, de hecho, ocupó toda la vida profesional del autor: el delito. Sin embargo, constituye un sólido intento de aplicación de las teorías que hasta ese momento había desarrollado a un problema social concreto, y en él desarrolla por otro lado otros aspectos de interés sociológico, como son algunos apuntes sobre sociología de grupos pequeños, así como sobre la función y desarrollo del liderazgo. Por otra parte, refleja en mayor medida que ningún otro lo que denominábamos al principio de este trabajo como *el gran miedo burgués a la Revolución*; tal vez porque es el más antiguo de los tres (apareció en 1893, mientras que los dos anteriores fueron publicados inicialmente como artículos entre 1898 y 1899).

De hecho, en este tercer ensayo participa en mayor medida de la obsesión por las multitudes y las masas desbocadas que, según señalábamos, constituía el clima intelectual de la época (en una nota al pie Tarde recuerda que desde antes de 1890 viene ocupándose de la psicología de las multitudes). Parece no haber descubierto todavía las virtudes que luego atribuiría a las multitudes, y todavía no distingue claramente entre éstas y el público. En fin, la opinión es aquí meramente agitación, y la prensa vocera de los terroristas⁽²⁰⁾.

Tarde parte de una tesis que, en principio, debió de sonar como extremadamente novedosa entre los magistrados de la época⁽²¹⁾: frente a la tradicional consideración del delito como "*lo que había de más esencialmente individual en el mundo*"(p.141), se plantea "*si hay crímenes verdaderamente individuales. (..Si suprimimos lo que..) se remonta a influencias de la educación, de compañerismo, de aprendizaje, de acontecimientos biográficos, ¿què quedaría?*"(p.142). Para Tarde, lo mismo el delito que el acto de creación son, de alguna manera, obra colectiva.

Sin embargo, inmediatamente advierte que este carácter de *obra colectiva* sólo es admisible en la práctica, en lo que al crimen se refiere, para "*los actos producidos por la colaboración inmediata y directa de un número limitado y preciso de coejecutantes, de participantes*"(p.142), y no para los realizados por una sola persona, aunque puedan considerarse "*influencias vagas, lejanas y confusas de otros*". Es decir, reserva la calificación de colectivos para aquellos crímenes realizados por las multitudes, o por las que considera su más execrable tumor de fijación: las *sectas criminales*, que al fin y a la postre viene a reducir a los grupos anarquistas.

Desarrolla Tarde en este ensayo una dicotomía entre las multitudes, todavía de carácter esencialmente destructor, que son meras *reuniones* de personas, y las *corporaciones* (órdenes religiosas e instituciones civiles y militares), únicas que "*han respondido, a veces, a las necesidades de los pueblos*"(p.144).

Aunque en el más puro spenceriarismo considera que ninguna forma de asociación, sea como multitud o como corporación, puede superar la capacidad del cerebro individual⁽²²⁾, y necesitan por tanto "*ser producidas, ser conducidas más o menos por un jefe*"(p.148); sin embargo, distingue claramente entre esa multitud cuyo jefe permanece a menudo oculto, y la corporación en la que el jefe es "*siempre visible* y

potente". En ambos casos la voluntad del jefe, para imponerse a los otros, les hará concesiones y les halagará para permitirle que los dirija; no se trata por tanto de que las voluntades de todos hayan sido aniquiladas ante uno solo. Sin embargo, en la corporación la *voluntad dominante* deberá nacer "*conforme a las tendencias y tradiciones de las voluntades dominadas*", mientras que en las multitudes "*una voluntad imperativa no tiene por qué conformarse a tradiciones que no existen, incluso puede ser obedecida a pesar del débil acuerdo con las tendencias de la mayoría*"(p.149).

Tarde, a quien le preocupa especialmente "*el modo cómo un pensamiento o una voluntad entre mil se convierte en dirigente (...y...) la mayor o menor facilidad, brindada a la propagación del pensamiento, de la voluntad dirigente*"(p.149), da un salto mortal y tras algunas confusiones entre corporaciones y sectas, establece una especie de círculo vicioso entre las multitudes y las sectas: "*por una parte una multitud tiende a reproducirse a intervalos cada vez menos irregulares y depurándose cada vez más para organizarse corporativamente en una especie de secta o de partido; después poco a poco se cierra y se hace reservado; por otra parte, los inspiradores de una multitud, muy frecuentemente, no son individuos aislados, sino miembros de una secta. Las sectas son los fermentos de las multitudes*"(p.164), quienes a su vez, hay que concluir, producen las sectas⁽²³⁾.

Tanto las corporaciones *buenas* como las más criminales, esto es las sectas⁽²⁴⁾, obedecen al principio de la lucha por la vida (nuevamente Spencer): "*unos hombres, con el porvenir incierto y amenazados en sus intereses, buscan remedio en la solidaridad. Su historia es simple: es la lucha de los pequeños contra los grandes*"(p.166). Tarde se pregunta por qué unos se solidarizan en el trabajo para alcanzar un futuro mejor, mientras otros se conciertan en el asesinato, no hallando causas climáticas, físicas o étnicas en ello⁽²⁵⁾. A partir de este punto, la mafia y los movimientos revolucionarios entrarán en el mismo paquete, incluso reconociendo a la primera un origen de "*servicio a fines más nobles*"(p.168). Más aún, enseguida el foco de atención se circunscribirá a los movimientos revolucionarios, o *sectas criminales*, lo que muestra el tipo de preocupaciones de Tarde, si damos por sentado que, como en cualquier otro momento de la Historia (excluidos los momentos auténticamente revolucionarios), los delitos de carácter político debían ser sin duda, en esa época, siempre muy inferiores a los delitos comunes.

Para Tarde la idea del crimen no brota por generación espontánea: la relajación moral de la sociedad (particularmente del grupo social concreto en que se desenvuelve la formación de los delincuentes), y las expectativas desplegadas por esa sociedad⁽²⁶⁾, y nunca satisfechas para algunos. Por otra parte, "*la forma y los caracteres propios del delito son específicos para el estado de los conocimientos teóricos o técnicos difundidos en ese medio*"(p.169)⁽²⁷⁾.

Centrado ya en las sectas socialistas y anarquistas, y a la búsqueda de los responsables últimos de sus crímenes, Tarde se ocupa de examinar, en su a modo de Sociología de Subversión, la forma en que se propaga y se ejecuta la *idea criminal*.

Para ello, a las posibles tendencias hacia el *delirio vengativo* y la *credulidad sospecha*, es esencial que se añada "*una preparación de las almas por medio de conversaciones o lecturas, por medio de la frecuentación de clubs, de cafés, que, a través de un largo*

contagio de imitación lenta no reciben, la semilla de ideas anteriores, adecuadas para hacer que sea bien acogida la recién venida"(p.172).

Esta semilla proviene, generalmente, de *sugestionadores, conmovedores* que trabajan en la sombra y proclaman su ejemplo. Tarde llega a considerar distintos niveles en el agitador, utilizando incluso símiles demoníacos. Así, pone como ejemplo de *íncubo*⁽²⁸⁾ a Rousseau, y de *súcubo* a Robespierre (otra *bête noir* de Tarde), y señala al príncipe Kropotkin (curiosamente, el principal representante decimonónico del anarquismo pacífico y mutualista) como uno de los grandes agitadores de la Europa moderna⁽²⁹⁾. Las principales vías por las que el *sugestionador* influirá sobre los *sugestionados* son "*una voluntad de hierro, un golpe de vista de águila y una fe vigorosa, una imaginación potente, un orgullo repelente*"(p.174), si bien afirma que, con la civilización "*estas influencias se separan y (...) divergen cada vez más, en especial, la inteligencia se afina, a expensas del carácter que se debilita, o la fuerza de la creencia que se embota. La ventaja consiste en tender a hacer mutua, recíproca, la acción sugestiva, primitivamente unilateral*"(p.174).

Para Tarde los anarquistas y socialistas, "*los dinamiteros actuales*", se limitan a "*recoger, por su cuenta, la pesadilla de los milenaristas*"(p.175); pero frente a los antiguos fanáticos, "*que explicaban minuciosamente los detalles de la era de prosperidad prometida por Dios*", los anarquistas no ofrecen ningún programa para después de lo que él mismo denomina su *plebicidio*⁽³⁰⁾.

La función de los intelectuales subversivos no es, pues, diseñar ese futuro⁽³¹⁾, sino, además de *sugestionar* y embaucar a los terroristas, justificar sus crímenes. "*Estas bandas tienen detrás de ellas sofistas para digmatizar sus crímenes, como detrás de todo déspota, según decía Michelet, había un jurista para justificar sus abusos y exacciones*"(p.176). Y, en medio, la prensa divulgando alegremente los sofismas. "*Con estas falsas ideas y declamaciones, con estas teorías, frecuentemente abtrusas, es con lo que se crean las sectas*"(p.179). Hay pues una línea directa, que Tarde señala explícitamente, entre Marx y Kropotkin, y entre este y los terroristas, a través de la prensa. "*Los violentos de la prensa designan la víctima a los asesinos de la calle (...), esos reincidentes del derecho común con que toda secta criminal cuenta en sus filas*"(p.180). Por supuesto, la represión policial y militar contra el asociacionismo obrero y la persecución de las ideas anarquistas y socialistas no ocupa, a juicio de Tarde, ningún eslabón en la cadena causal de la acción directa.

Afortunadamente para la supervivencia de sus textos⁽³²⁾, Tarde no llega a hacer propuestas, especialmente las propuestas que, por lógica natural, se derivarían del comentario con el que cierra su ensayo: "*Si se suprime uno de estos cinco 'factores' -el público, los periódicos, la concepción, el dinero, la audacia- la espantosa explosión no hubiese tenido lugar*"(p.181). Pues, ciertamente, la audacia es consustancial a la naturaleza humana (al menos a la de algunos de sus individuos), por lo que difícilmente es *suprimible*; el dinero tampoco lo es, por cuanto es evidente que no es el Estado ni la buena sociedad la que debía de financiar esas actividades, sino la colaboración de millones de trabajadores anónimos con sus modestas cuotas -además de otros ingresos derivados de la propia acción terrorista-; en cuanto al público, es evidente que no es *suprimible* fácilmente... Quedan pues, los periódicos, y *la concepción* (osea, esos mismos intelectuales a los que años después, en el ensayo que abre el libro, encomienda la tarea de sobrevivir independientes) como únicos factores fáciles de suprimir.

Aunque Tarde no cerrase su razonamiento, no cabe duda de que numerosos regímenes políticos lo han hecho, a lo largo de los cien años que nos separan de su obra, por él.

8. A MODO DE BALANCE: VALOR Y ACTUALIDAD DE TARDE [\(volver al índice\)](#)

Los pocos sociólogos y estudiantes de Sociología a los que Tarde les suene será porque recordarán las repetidas críticas de Durkheim hacia su psicologismo y, sobre todo, su idealismo. Después de cinco años de estudio, tan sólo los especialistas en Psicología Social les habrán prestado una escasísima atención en la historia de esta disciplina, y una poquita más al estudiar en Opinión Pública la dialéctica público-multitud, o la conversación como factor de la opinión. Sus libros son, por otra parte, difíciles de encontrar, y el espacio a él dedicado en los manuales es siempre muy limitado.

Sin embargo, su interés como sociólogo es enorme. Su obra (particularmente *L'opinion et la multitude*, que acabamos de analizar con cierto detalle), está llena de pequeñas y grandes observaciones que despiertan la *imaginación sociológica* y pueden abrir mil caminos a la investigación, en torno a temas que, a menudo, siguen siendo de plena actualidad. Ello siempre, por supuesto, que no nos dejemos arrastrar por la prosa de Tarde a las nubes de la especulación metafísica, a las que demasiado a menudo va a parar en sus deducciones; y siempre, también, que sepamos dejar a un lado la fuerte carga ideológica, profundamente reaccionaria, que destila su obra⁽³³⁾.

No es momento ahora de repetir esas aportaciones, pues han quedado suficientemente apuntadas a lo largo de este pequeño ensayo. Pero no quiero terminar sin señalar las que, a mi modo de ver (y dejando a un lado las grandes cuestiones relacionadas con la opinión, la conversación o las multitudes y públicos, ya tratadas en las páginas anteriores), serían las otras grandes claves de utilidad que para los sociólogos actuales pueden extraerse de su obra.

La cantidad y la calidad: de lo ponderantur a lo numerantur

Una de las preocupaciones más recurrentes de Tarde es la de comprender la relación entre lo cualitativo y lo cuantitativo. Hallamos en él, como en Tocqueville, el convencimiento de que *lo social*, la agrupación, es determinante en el progreso humano. El paso de los grupos primarios a los secundarios supone asimismo el paso de lo *ponderatur* (la decisión unánime procede de una ponderación de las distintas voces, todas las cuales se conocen) a lo *numerantur* (el único criterio de validez que puede ser aplicado es el de la cantidad: no conociéndose ni estando presentes todas las voces, sólo adquiere reconocimiento la voz que representa a la mayoría cuantitativa). Repetidamente, por otra parte, señala los *males del individualismo*. Sin embargo -y en un debate interno que, todavía hoy, no puede sino estar presente en todo científico social que quiera ir más allá de la adulación de *los públicos*-, Tarde cree que lo cualitativo (por extensión lo individual), aunque esté condenado por el desarrollo humano, está por encima de lo cuantitativo (por extensión, de lo social). Aunque el materialismo histórico trataba de resolver, en esa misma época, y a partir de la dialéctica hegeliana, esa grave pregunta que Tarde se hace ("*¿es posible que una multitud iguale en*

complicación y elasticidad a la estructura del organismo cerebral, este incomparable ejército de células nerviosas que cada uno de nosotros lleva en su cabeza?"). Hoy está plenamente asumida esa ley, para la que Engels encontró la fundamentación en las ciencias físicas, por la que las series cuantitativas provocan saltos cualitativos. Ahora bien, quien siga guiando su observación de la realidad no por criterios ideológicos (ni aún filosóficos), sino bajo la premisa de independencia que Berger proclama, seguirá intentando descubrir la clave, en el fondo no resuelta, de la dialéctica individuo/sociedad. Así como todo lo que ello se deriva (que preocupaba profundamente a un Tarde que representa, sin conciencia de ello, a una burguesía en trance de reconocer que la democracia no ha sido una conquista sólo para su clase, sino que debía extenderse, tarde o temprano, a toda la sociedad⁽³⁴⁾) en relación a la fundamentación de la democracia y al valor de las decisiones de la mayoría⁽³⁵⁾.

Lo público y lo privado

Aunque Tarde no hace propiamente una sociología de la vida cotidiana, sus análisis tanto sobre la evolución de la conversación, como sobre la génesis de la opinión pública, avanzan preocupaciones de sociologías posteriores sobre la diferenciación entre lo privado y lo público, y su relación dialéctica.

De las sectas a los movimientos sociales

Las apreciaciones de Tarde sobre el funcionamiento de los grupúsculos anarquistas, más de allá de sus valoraciones ideológicas y políticas, constituyen una importante aportación tanto a la sociología de los grupos pequeños como, sobre todo, a una sociología de este gran problema social de nuestros tiempos: las sectas. A pesar del primitivismo de sus análisis, pienso que siguen aportando claves de interés para entender tanto el fenómeno del terrorismo como, en otro ámbito, el de las sectas religiosas. Aunque indudablemente nuestro conocimiento sobre este tipo de grupos, y en general los grupos pequeños, ha avanzado tremendamente, la lectura de Tarde sigue siendo sugerente (aunque, a menudo, también inquietante) todavía. Por otra parte, dejando a un lado las particularidades del terrorismo o el sectarismo político y/o religioso, sus apuntes sobre la formación de las corporaciones a partir de las multitudes, y viceversa, así como sobre la creación y difusión de la opinión, y del liderazgo, aportan una temprana luz sobre la cuestión de los movimientos sociales.

Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas

De alguna forma, Tarde se anticipa al problema planteado por Eco setenta años más tarde. Por supuesto que el problema de las multitudes investigado por Tarde no es el mismo que el analizado por Eco, quien exclusivamente se preocupa de problemas estéticos. Sin embargo, en su obra podemos percibir, como un enfrentamiento interior en el propio autor, el mismo tipo de actitudes que ahora atribuimos a apocalípticos e integrados, en su caso frente al avance inmensurable del único mass-media de la época (la prensa), y al proceso de uniformización de la opinión y la cultura a que ello conduce. Tarde se sitúa alternativamente en posición de *integrado*, cuando alaba el papel socializador y de progreso de la prensa, y de *apocalíptico*, cuando lamenta la decadencia del pensamiento y la creación individuales, de los particularismos, o especialmente cuando traza una estrecha relación entre prensa y subversión.

Sin duda un análisis más detallado, pausado y profundo, especialmente si atendemos a la totalidad de su obra, permitiría extraer otros muchos ámbitos de reflexión de validez actual, que los escasos que, a un nivel muy somero, hemos comentado en este breve ensayo introductorio sobre su obra.

Badajoz/Zaragoza, julio-septiembre de 1994

NOTAS (volver al índice)

1. Gabriel Tarde, *La opinión y la multitud*, Taurus, Madrid, 1986. Publicada originalmente en 1904 (el mismo año en que Tarde fallece) con el título de *L'opinion et la multtitude*. Los tres ensayos que componen la obra habían sido ya publicados anteriormente por separado entre 1893 y 1899. Todas las citas a la obra de Tarde aparecerán referenciadas con el número de página.

2. No hay que olvidar que en aquella época tanto la Psicología como la Sociología francesas, en trance de institucionalización, presentaban una fuerte obsesión por la estadística y la cuantificación, en la creencia de que esa parafernalia facilitaría su aceptación como Ciencias.

3. Es sin duda de particular actualidad el binomio 'crímenes en oleada/leyes de imitación'. La observación empírica nos muestra hoy cómo la aparición en la prensa de algún tipo especialmente espeluznante de crimen suele conllevar la repetición en cadena de otras muchas noticias similares, durante unas semanas o unos meses. A las *oleadas* de suicidios juveniles le siguen las de crímenes a niños y niñas, estando viva en la actualidad una *oleada* de parricidios realizados por jóvenes. Al inacabable debate sobre la influencia de los propios mass-media en este tipo de delitos (al informar sobre ellos) le son de particular utilidad las tempranas aportaciones de Tarde.

4. Tarde está muy influenciado por *Revolution* de Taine, cuyos datos y opiniones utiliza repetidamente.

5. Aunque luego nos detendremos brevemente en ello, es preciso señalar la distinción entre los términos utilizados por Le Bon y Tarde. El primero utiliza el término *foule*, que es una acepción no meramente cuantitativa, sino más bien cualitativa. En francés se designa con ello a las masas en acción, en tropel, y también se utiliza como sinónimo de el vulgo, de la plebe. Por el contrario, el término *multitude* utilizado por Tarde no conlleva en francés ninguna carga valorativa, sino meramente cuantitativa. Creo que es una apreciación importante, sobre todo porque a menudo se confunde el título de la obra de Tarde, citándola como *L'opinion et la foule*.

6. Lo que le lleva a afirmar que las multitudes tienen rasgos *femeninos*, por más que en otros pasajes de su obra reconoce que las brutalidades atribuidas a las multitudes se deben precisamente al hecho de estar constituídas esencialmente por hombres.

7. No obstante, siguiendo las tendencias evolucionistas de la época, Tarde concibe que esta evolución puede, en un momento dado, ser regresiva. De los públicos encolerizados

pueden surgir a veces multitudes fanáticas, y en este sentido advierte que "*el público podría ser definido como una multitud en potencia*"(p.50)

8. "*Un verdadero público especial sólo se perfila a partir del momento, muy difícil de precisar, en que hombres consagrados a los mismos estudios eran ya un número demasiado grande para poder conocerse personalmente, de manera que no hubieran podido establecer entre ellos lazos de cierta solidaridad y sí solamente crear comunicaciones impersonales de frecuencia y regularidad suficientes*"(p.47)

9. Tarde es, sin duda, el primer sociólogo en analizar la capacidad de manipulación por parte de los mass-media, que luego a ocupado ampliamente a la Sociología a partir del primer cuarto del siglo XX.

10. Afirma, por ejemplo, que "*en las reuniones femeninas se hace una selección de todo lo que hay más descarado, más atrevido, yo llegaría a decir, de lo que hay de más masculino entre las mujeres*"(p.60)

11. Sin duda podríamos relacionar estas tempranas apreciaciones con la crítica que años más tarde haría la Escuela de Frankfurt a las democracias capitalistas de mediados del siglo XX.

12. Todavía está sin resolverse adecuadamente en las sociedades capitalistas modernas la cuestión de la *verdad publicitaria*, por ejemplo.

13. Todavía hoy, asimismo, se pone de manifiesto la dificultad de hacer cumplir el *contrato* entre el electorado y el elegido. Las promesas electorales no han alcanzado, efectivamente, una sanción jurídica.

14. E.Martin&M.Campoy, *Teoría de las actitudes y opinión pública*, Madrid, 1993, pag. 15-16

15. El propio Tarde utiliza las comillas que indican su puesta en duda de que los Estados del antiguo régimen fuesen más atrasados que los democráticos. Esta actitud ambigua se repite por doquier en su texto.

16. Son especialmente interesantes sus notas sobre el carácter poco conversador de los pueblos que viven bajo cualquier forma de despotismo. La falta de una *opinión pública* es estos estados no se debería, desarrollando esta tesis, tanto al control y censura de los mass-media -que de hecho fuera de los momentos iniciales no es tan omnipresente como se piensa- como al miedo que hace evitar las conversaciones sobre las *cuestiones de opinión*.

17. Los propios actos del poder son *devueltos* a través de su digestión por la prensa y las conversaciones, y producen modificaciones en la propia acción del poder. Para Tarde son más importantes, políticamente, las conversaciones y discusiones privadas que los grandes discursos y debates parlamentarios. Y esta es, a su juicio, una situación irreversible. "*Para devolver al poder la estabilidad de otros tiempos (...) sería preciso establecer el **mutismo universal**. En esta situación, el mismo sufragio universal permanecería impotente para decidir cosa alguna*"(p.125)

18. En realidad, los razonamientos de Tarde nos llevan, aunque él no lo plantee de este modo, a convertir en un único factor la conversación. En tanto para él tanto la correspondencia epistolar, como la prensa prensa, son formas de conversación, habría que recurrir, para designar a lo que Tarde llama conversación, a la denominación de charla, por más que sea la forma de conversación más primigenia.

19. Notificaciones y extractos bancarios, avisos de la Hacienda Pública, anuncios publicitarios o propagandísticos en general (incluyendo la propaganda electoral), productos distribuidos en venta por correo, avisos de vencimientos, recibos de diversos servicios (teléfono, agua, luz, guardería...); tal es la composición básica del correo domiciliario. La propia prensa periódica, cuando llega a través de suscripciones, corrobora su conversión en *carta pública*. En suma, son escasas las cartas de carácter eminentemente privado que circulan, salvo entre los adolescentes, los ancianos, y los grupos sociales más marginados (social, económica o territorialmente).

20. Aunque no se le haya prestado mucha atención en este sentido, este ensayo es asimismo sumamente interesante en lo que se refiere a la Sociología de la Opinión Pública. Su cuidadosa elaboración de la responsabilidad indirecta de los creadores de opinión, respecto de los actos llevados a efecto por sus seguidores espirituales, esto es, *"la relación entre los inspiradores de la prensa y los ejecutores"*(p.177), no ha dejado de tener, desgraciadamente, aplicación a lo largo de estos cien años. Demasiado a menudo los intelectuales y publicistas se han convertido en las víctimas propiciatorias de la reacción frente a cualquier especie de lucha social.

21. Por más que no haga con ello sino recuperar algunas de las tesis de su denostado Rousseau.

22. Lo que le llega a afirmar la necesidad de los hombres providenciales para las situaciones de necesidad, esto es el *"gobierno personal, que se imponga bajo forma republicana o monárquica o bajo la apariencia parlamentaria"*(p.145)

23. En realidad, una interpretación que estimo apropiada de un texto especialmente confuso en algunas de sus páginas, es que las corporaciones (como luego hará al contrastar los públicos con las multitudes) pueden producir tanto el bien como el daño social. De ahí su identificación con las sectas.

24. En lo sucesivo, para evitar el mismo tipo de confusiones que provoca el propio Tarde, limitaremos el término de corporación para las sujetas al orden establecido (las *buenas corporaciones* en la terminología de Tarde), utilizando el término de sectas para aquellas otras que, por una u otra razón, atentan contra dicho orden (las *corporaciones criminales* de Tarde).

25. En postura no siempre coincidente con las dominantes en su época, Tarde proclama que ninguna raza tiene una proporción mayor de delincuentes que otra. *"Varía hasta invertirse cuando las vicisitudes de la historia hacen cambiar la religión, las leyes, las instituciones nacionales, y disminuir o aumentar el nivel de riqueza y el nivel de civilización."*(p.168).

26. *"El asesino mata para robar, porque él oye celebrar y exaltar, por todas partes y por encima de todo, los méritos del dinero; esta especie de sátiro ha oído decir que el*

placer es el fin de la vida"(p.171). De alguna forma estos planteamientos serían recogidos unas décadas más tarde por el funcionalismo americano.

27. Tarde hace interesantes aportaciones también sobre la cuestión del desarrollo tecnológico del armamento. "*A fuerza de exaltar como a verdaderos benefactores de la humanidad a los inventores de esas monstruosidades, uno ha habituado la imaginación humana a los horrores de sus efectos; y después de haber inventado esas cosas contra el enemigo de fuera, nada habría parecido más natural que el de servirse de ellas contra el enemigo de dentro, el extranjero interior*"(p.172). Desgraciadamente, Tarde parece no ser consciente de que las primeras ametralladoras no fueron utilizadas en Francia por parte de las *sectas criminales* de origen anarquistas, sino por parte del Ejército, a las órdenes de Haussman (que llegó a rediseñar el viario para facilitar el tiro de estas novedosas *monstruosidades*), para evitar que las manifestaciones de obreros llegasen al centro de París.

28. El íncubo, siempre presente en los akelarres *inventados* por la Inquisición, es el demonio que tiene trato carnal con mujeres. El súcubo es, por el contrario, un demonio que, disfrazado de mujer, se acuesta con hombres.

29. Precisamente Kropotkin es condenado a cinco años de cárcel en París, siendo indultado tres años más tarde por las presiones de la prensa internacional, indignada por una condena que se considero a todas luces injusta. Sin duda las teorías de Tarde sobre la responsabilidad indirecta de los intelectuales en los crímenes terroristas, si es que ya eran conocidas por los magistrados parisinos, debieron contribuir en buena medida a la condena de Kropotkin. Son importantes estas referencias, por cuanto el ensayo de Tarde se centra, según se ha señalado, casi exclusivamente en los anarquistas y socialistas.

30. He señalado ya, y quiero insistir ahora en ello, la aguda observación sobre el carácter de la democracia que hace Tarde (vid. supra, pag. 6)

31. Aunque reconoce que Marx "*es un economista fuera de serie*"(p.179)

32. Soy de la opinión de que a la larga, y aunque sea *a trancas y barrancas*, la Historia termina por arrojar a sus estercoleros (para uso exclusivo de escasos eruditos y fascistas) las teorías de todos los juristas y sofistas que han justificado la represión. Sin abandonar el ideal kantiano de continuado progreso social (que también tiene su influencia en ello), pienso que, aunque al fin y al cabo la Historia la escriban los vencedores, se tiene buen cuidado de tirar los trapos sucios. No es el fuego de los injustos, sino la vergüenza de los justos, lo que más obras ha retirado de la historia del pensamiento. Las obras que anuncian progresos para el hombre son siempre al fin rescatadas del fuego o del olvido, mientras que las que anuncian su oprobio mueren siempre con la muerte física de su autor. Pienso que, efectivamente, Tarde detuvo su discurso en el momento justo para evitar ser barrido de la historia del pensamiento y las ciencias sociales.

33. Sin duda el único beneficio aportado al pensamiento, y al desarrollo de las ciencias sociales, por la postmodernidad, es el abandono del sectarismo. Aprovechar todo lo aprovechable, de cualquier autor, por encima de sus presupuestos ideológicos, es sin duda una premisa que en cierto modo viene del culto de la postmodernidad al *melting* y el batiburrillo (aunque también procede casi en mayor medida, seguramente, del

ecologismo y su *recyclage culture*). Sin duda el buen sociólogo tendrá siempre presente tanto la carga ideológica que contiene, como el medio social en que se ha desarrollado una obra de creación sociológica; pero más allá de estas consideraciones sabrá aprovechar sus aportaciones objetivas a las ciencias sociales.

34. Asunción que fundamenta, precisamente, esemiedo al pueblo (al común de vecinos, al proletariado disfrazado de masas) presente en Tarde, como en todo el pensamiento social de la burguesía de la época.

35. Por supuesto, este pulso permanente entre lo cualitativo y lo cuantitativo lo lleva Tarde también, como sigue siendo hoy igualmente necesario, al terreno de la ciencia social.

[\(volver al índice\)](#)

[Página Principal](#)